

843
9
PQ 2227
H5
SB
V. 6

Núm. Clas. N
Núm. Autor DRP6m
Núm. Adg. 29975
Procedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó veg
Catalogó gag



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

En que se desciende á la tierra

El duque de Richelieu se hallaba en el dormitorio de su palacio de Versalles, tomando chocolate con vainilla en compañía de Rafté, que le estaba rindiendo sus cuentas.

El duque, muy ocupado en mirar su rostro á un espejo distante, prestaba muy poca atención á los cálculos más ó menos exactos de su secretario.

De súbito, un crujido de zapatos que se sintió en la antesala, anunció una visita, y el duque despachó con presteza el resto de su chocolate, mirando con inquietud hacia la puerta.

Había horas en que el señor de Richelieu, á la manera de las viejas coquetas, no gustaba de recibir visitas.

El ayuda de cámara anunció al señor de Taverney.

El duque iba á responder sin duda con alguna excusa que difiriese la visita de su amigo para otro día, ú otra hora cuando menos, pero se abrió la puerta,

el petulante viejo se precipitó en la habitación, dió al paso la punta de los dedos al mariscal, y corrió á sepultarse en una ancha poltrona, que crujió con el choque, más bien que con el peso.

Richelieu vió á su amigo pasar como uno de esos hombres fantásticos, en cuya existencia nos ha hecho creer posteriormente Hoffmann; oyó el crujido de la poltrona y un enorme suspiro, y volviéndose hacia su huésped, le dijo:

— ¿Qué hay de nuevo, barón, pues me pareces tan triste como la muerte?

— ¡Triste! exclamó Taverney; ¡triste!

— ¡Pardiez! me parece que el suspiro que acabas de exhalar no es de alegría.

El barón miró al mariscal con un aire que quería decir, que mientras estuviese presente Rafté no era posible explicar la causa de aquel suspiro.

Rafté lo comprendió sin necesidad de volverse, porque también él se miraba á veces en los espejos, como su amo; por lo mismo se retiró discretamente.

El barón le siguió con la vista, y así que se cerró la puerta tras él, exclamó:

— ¡No digas triste, duque, dí inquieto, y mortalmente!

— ¡Bah!

— ¡En verdad que te viene bien el aparentar admiración! exclamó Taverney juntando las manos. Hace ya un largo mes que me andas entreteniéndome con palabras vagas, como por ejemplo: «No he visto al rey; no me ha visto el rey; el rey me pone mala cara.» ¡Vive Cristo, duque, que no es así como se responde á un amigo antiguo!... ¡Debes conocer que un mes es una eternidad!.....

Richelieu se encogió de hombros.

— ¿Y qué diablos quieres que te diga, barón? replicó.

— ¿Qué?... La verdad.

— Pues ya te la he dicho, ¡voto al demonio! Siempre te estoy soplando al oído la verdad, sólo que tú no quieres creerla.

— ¿Como quieres hacerme creer que un duque, un par, un mariscal de Francia, y todo un gentilhomme de cámara no ve al rey, cuando va todas las mañanas á palacio al tiempo de levantarse aquél? Esa es una paparrucha.

— Lo he dicho y lo repito, y no porque no sea creíble deja de ser menos cierto. Yo duque y par, yo mariscal de Francia, yo gentilhomme de cámara, hace tres semanas que voy todos los días á palacio á la hora de levantarse el rey....

— ¿Y no te habla, interrumpió Taverney, ni hablas tú con él? ¡Mira que yo no me trago semejantes bolas!

— ¡Eh! barón; veo que te vas haciendo un poco impertinente, y me desmientes como si tuviéramos cuarenta años menos y nuestra antigua viveza estuviese en su punto.

— ¡Pues si es cosa de desesperarse, duque!

— ¡Ah! eso es otra cosa; desespérate, querido, desespérate todo lo que se te antoje, que también me desespero yo.

— ¿Tú?

— Y creo que hay motivo, pues ya te he dicho que desde aquel día no me ha mirado el rey; que S. M. me ha vuelto la espalda constantemente; que cada vez que he creído debía mostrarle una grata sonrisa, me ha contestado con un gesto espantoso; y en fin, que estoy cansado de ir á Versalles para que me pongan hocico. Vamos, ¿qué quieres que haga á esto?

Taverney se mordía cruelmente las uñas durante aquella réplica del mariscal.

— No lo entiendo, dijo por último.

— Ni yo, barón.

— Verdaderamente creería cualquiera que el rey se divierte con tus inquietudes, porque al fin.....

— Eso es lo que yo digo, barón, porque al fin.....

— Vamos, duque, tratemos de salir de este apuro, tratemos de apelar á alguna astucia que nos valga una explicación.

— Barón, barón, repuso Richelieu, ¡cuidado! que es peligroso provocar explicaciones por parte de los reyes.

— ¿Es ese tu modo de pensar?

— Sí. ¿Quieres oirme?

— Habla.

— Pues bien; desconfío de alguna cosa.

— ¿De qué? preguntó el barón con enojo.

— ¡Ah! veo que te enfadas.

— Me parece que tengo por qué.

— Entonces no hablemos de ello.

— Al contrario, hablemos, pero explícate.

— Tú tienes el diablo en el cuerpo con tus explicaciones; ten cuidado, porque me parece una monomanía.

— ¡Me encantas, duque! Estás viendo paralizados todos mis planes, entorpecida de un modo inexplicable la marcha de mis negocios, ¡y me aconsejas que aguarde!

— ¿Qué paralización es esa? Veamos.

— Primeramente ahí tienes.

— ¿Una carta?

— Sí, de mi hijo.

— ¡Ah! del coronel!

— ¡Fresco está el coronel!

— Bueno, ¿y qué hay?

— Hay que hace cerca de un mes que está aguardando en Reims el diploma que el rey le ha prometido, que ese diploma no llega, y que dentro de dos días marcha el regimiento.

— ¡Diablo! ¿conque marcha el regimiento?

— Si para Estrasburgo. De manera que si en estos dos días no recibe Felipe el despacho...

— Si no lo recibe ¿qué?

— Que si Felipe no lo recibe, dentro de dos días estará aquí.

— Sí, ya comprendo, han olvidado á ese pobre joven; eso es muy común en las oficinas que están organizadas como las del nuevo ministerio. ¡Ah! si yo hubiese sido ministro, ya estaría despachado el diploma.

— ¡Hum! repuso Taverney.

— ¿Qué es lo que dices?

— Que no creo una palabra.

— ¿Por qué?

— Porque si hubieses sido ministro, habrías enviado á Felipe á todos los diablos.

— ¡Oh!

— Y á su padre lo mismo.

— ¡Oh! oh!

— Y á su hermana mucho más lejos aún.

— Es un placer hablar contigo, Taverney, porque tienes mucho talento; pero doblemos la hoja.

— En cuanto á mí no pido otra cosa; pero no podemos doblarla respecto de mi hijo, porque se halla en una situación violenta. Duque, es absolutamente preciso ver al rey.

— Te repito que no hago otra cosa.

— Hablarle.

— ¡ Eh ! querido mío, al rey no se le habla, si él no nos habla.

— Forzarle á ello.

— ¡ Ah ! yo no soy el Papa para forzarle.

— Entonces, dijo Taverney, voy á decidirme á hablar á mi hija ; porque, señor duque, yo no veo claro en todo esto.

Estas palabras produjeron un efecto mágico.

Richelieu había sondeado á Taverney, á quien tenía por solapado, como al señor Lafare ó al señor de Nocé, sus amigos de juventud, cuya bella reputación se había conservado intacta, y temía la alianza del padre y la hija ; en fin, temía alguna cosa desconocida que pudiese causarle desgracia.

— Y bien ; no hay que enfadarte, le dijo, volveré á hacer otra tentativa ; pero necesito un pretexto.

— Ese pretexto ya lo tienes.

— ¿ Yo ?

— Sin duda.

— ¿Cuál ?

— La promesa que el rey ha hecho.

— ¿ Á quién ?

— Á mi hijo. Y esa promesa.....

— Y esa promesa, ¿ qué ?

— Se le puede recordar.

— En efecto, es un medio indirecto. ¿ Tienes la carta ?

— Sí.

— Dámela.

Taverney sacó la carta del bolsillo de su chupa y se la alargó al duque, recomendándole el atrevimiento á la par de la circunspección.

— El fuego y el agua, dijo : vamos, está visto que desbarramos. ¡ No importa ! el vino está sacado y hay que beberlo.

Richelieu tiró del cordón de la campanilla.

— ¡ Que vengan á vestirme y que preparen el coche ! dijo al ayuda de cámara ; luego dirigiéndose á Taverney :

— ¿ Quieres asistir á mi tocador, barón ? le preguntó con tono inquieto.

Taverney comprendió que desagradaría mucho á su amigo aceptando, y por lo mismo respondió :

— No, querido amigo, me es imposible, porque tengo que hacer en la ciudad ; dame una cita para donde quieras.

— En palacio.

— Corriente, en palacio.

— Conviene que tú veas también á S. M.

— ¿ Lo crees así ? preguntó Taverney lleno de gozo.

— Lo exijo ; pues quiero que tú mismo te asegures de la exactitud de mi palabra.

— No dudo de ella ; pero en fin, puesto que tú lo quieres.

— Te es igual ¿ eh ?

— Te digo francamente que sí.

— Pues bien : estáte en la galería de los espejos á las once, mientras que yo entraré en el cuarto de S. M.

— Corriente. ¡ Adiós !

— Sin rencor, querido barón, dijo Richelieu procurando hasta el último momento no hacerse un enemigo cuya fuerza le era aun desconocida.

Taverney se volvió á su coche y se fué á dar solo y pensativo un largo paseo en el jardín, mientras que Richelieu, entregado á sus ayudas de cámara, se rejuvenecía á sus anchuras, cuya importante operación no llevó menos de dos horas al ilustre vencedor de Mahón.

Sin embargo, era aun mucho menos tiempo que el que Taverney le había otorgado en su interior, y el

barón, que estaba en acecho, vió á las once en punto pararse la carroza del mariscal al pie de la gradería exterior de palacio, donde los oficiales de servicio saludaron á Richelieu, mientras que los ujieres lo introdujeron.

Taverney sentía latirle el corazón con violencia; abandonó su paseo, y, con más lentitud que la que le permitía su ardiente espíritu, pasó á la galería de los espejos, donde un considerable número de oficiales portadores de súplicas, y de ambiciosos hidalgillos, estaban plantados sobre el resbaladizo pavimento; pedestal muy bien apropiado á aquella clase de figuras enamoradas de la Fortuna.

Taverney se confundió suspirando con la multitud, aunque no sin la precaución de colocarse en un ángulo que le facilitara el hallarse con el mariscal cuando éste saliese del cuarto de S. M.

— ¡ Oh ! murmuró entre dientes. ¡ Verme relegado con estos hidalgos de gotera y estos plumajes sucios, yo que hace un mes cenaba mano á mano con S. M. !

Y de su fruncido entrecejo se desprendía más de una sospecha infame que hubiera hecho ruborizarse á la pobre Andrea.

II

La memoria de los reyes

Según lo había prometido, Richelieu fué á colocarse esforzadamente á la vista de S. M. en el momento en que el señor de Condé le alargaba su camisa.

Al ver al mariscal, el rey hizo un movimiento tan brusco para volverse á otro lado, que faltó poco para que cayese al suelo la camisa, y el príncipe retrocedió sorprendido.

— Perdonad, primo, dijo Luis XV á fin de probar al príncipe que no era por él aquel brusco movimiento.

De ese modo, Richelieu comprendió perfectamente que la causa de aquel rápido enojo era él.

Pero como iba resuelto á provocar toda aquella cólera, si preciso era, á fin de obtener una explicación seria, hizo un cambio de frente como en Fontenoy, y fué á colocarse en un sitio por donde debía pasar el rey para entrar en su gabinete.

Cuando el monarca dejó de ver al mariscal, volvió á hablar con libertad y agrado; se vistió, proyectó una cazata en Marly, y consultó largamente sobre este proyecto con su primo, porque los señores de Condé han tenido siempre fama de excelentes cazadores.

Pero al tiempo de pasar á su gabinete, cuando ya se había retirado todo el mundo, percibió á Richelieu disponiéndose con gracioso ademán á hacerle la más

bonita reverencia que se había hecho desde Lauzun, quien, como es sabido, saludaba con tanta gracia.

Luis XV se paró casi confuso, y dijo :

— ¿ Todavía estáis aquí, señor de Richelieu

— Sí, señor : estoy á las órdenes de V. M.

— ¿ Conque no queréis dejar á Versalles ?

— Hace cuarenta años, señor, que rara vez dejo á Versalles á no ser por el servicio de V. M.

El rey se detuvo en frente del mariscal, diciendo :

— Vamos, vos pretendéis alguna cosa, ¿ no es verdad ?

— ¡ Yo, señor ! ¿ y qué había de pretender ?

— Pues entonces, ¡ voto al diablo ! ¿ por qué me perseguís, duque ? porque demasiado veo que me andáis persiguiendo.

— Sí, señor, respondió Richelieu sonriendo ; os persigo con mi amor y respeto ; ¡ gracias, señor !

— ¡ Oh ! aparentáis que no me entendéis, pero me entendéis á las mil maravillas. Y bien ; señor mariscal, sabed que yo nada tengo que deciros.

— ¿ Nada, señor ?

— Nada absolutamente.

Richelieu se armó de profunda indiferencia.

— Señor, dijo, siempre he tenido la fortuna de decirme, en mi alma y conciencia, que mi asiduidad era desinteresada, y esta circunstancia, en cuarenta años que hace sirvo á V. M., es muy importante ; así los envidiosos no podrán decir jamás que el rey me ha otorgado alguna cosa. En cuanto á este punto, afortunadamente tengo mi reputación bien sentada.

— Vamos, duque, si necesitáis alguna cosa para vos, pedidla, pero que sea pronto.

— Señor, nada absolutamente necesito, y por ahora me limito á suplicar á V. M.....

— ¿ Qué ?

— Que se digne admitir á vuestra presencia para darle gracias.....

— ¿ Á quién ?

— Señor, á un sujeto que está muy agradecido al rey.....

— Pero acabad de decir quién es.

— Un sujeto, señor, á quien V. M. ha hecho un honor insigne... ¡ Ah ! cuando uno tiene el honor de sentarse á la mesa de V. M. ; cuando ha disfrutado de esa conversacion tan delicada, de esa alegría tan encantadora que hace de V. M. el anfitrión más divino, nunca lo olvida, señor, y se acostumbra pronto á un trato tan dulce.

— Señor de Richelieu, tenéis un pico de oro.

— ¡ Oh ! señor !

— En resumen, ¿ de quién queréis hablar ?

— De mi amigo Taverney.

— ¿ De vuestro amigo ! exclamó el rey.

— Perdonad, señor.

— ¡ De Taverney ! repitió el rey con una especie de espanto que asustó mucho al duque.

— ¿ Qué queréis, señor ? es un antiguo camarada.....

Y se detuvo un instante.

— Un hombre que sirvió conmigo á las órdenes de Villars.....

Y volvió á detenerse.

— Ya sabéis, señor, que en este mundo se da el nombre de amigo á todo conocido, á todo el que no es enemigo ; es una palabra de urbanidad que á menudo no significa gran cosa.

— Pero es una palabra que compromete, duque, replicó el rey con aspereza ; una palabra que conviene emplear con mucha reserva.

— Los consejos de V. M. son preceptos de sabiduría. Conque el señor de Taverney.....

— Es un hombre inmoral.

— Pues bien, señor, á fe de caballero que ya yo lo había sospechado.

— Un hombre sin delicadeza, señor mariscal.

— En cuanto á su delicadeza, señor, no hablaré de ella delante de V. M., porque no salgo garante sino de lo que conozco.

— ¡Cómo es eso! ¿Conque no salis garante de la delicadeza de vuestro amigo, de un servidor antiguo, de un hombre que ha servido con vos á las órdenes de Villars, de un hombre, en fin, que vos habéis presentado? Sin embargo, lo conocéis.

— Ciertamente que sí, señor, pero no su delicadeza. Sully decía á vuestro abuelo Enrique IV que había visto salir su fiebre vestida con un manto verde; mas yo confieso humildemente, señor, que nunca he sabido cómo se viste la delicadeza de Taverney.

— En fin, mariscal, os digo que es un pícaro y que ha hecho un papel muy ruin.

— ¡Oh! si V. M. lo dice.....

— ¡Sí, señor, lo digo yo!

— Pues bien, respondió Richelieu; con hablar así me saca V. M. de un apuro. Sí, lo confieso, el señor de Taverney no es un pimpollo de delicadeza, y harto lo había conocido; pero en fin, señor, hasta que V. M. no se dignara manifestar su opinión.....

— Mi opinión es bien terminante, mariscal, le de-
testo.

— ¡Ah! una vez pronunciada la sentencia, no hay más que hablar, señor; afortunadamente para ese infeliz, continuó diciendo Richelieu, aboga en su favor una intercesión poderosa.

— ¿Qué es lo queréis decir

— Que si el padre ha tenido la desgracia de disgustar al rey....

— Y mucho.

— No digo que no, señor.

— Pues entonces ¿qué es lo que decís?

— Digo que cierto ángel de ojos azules y pelo rubio.....

— No os entiendo, duque.

— Eso se concibe muy bien, señor.

— Sin embargo, confieso que desearía entenderos.

— Un profano como yo tiembla, señor, á la idea de alzar una punta del velo que cubre tantos misterios amorosos y encantadores; pero lo repito, ¡cuántas gracias no tiene que dar Taverney á la que amansa en favor suyo la regia indignación! ¡Oh! sí, la señorita Andrea debe ser un ángel.

— ¡La señorita Andrea es un monstruo de fealdad, como su padre lo es de inmoralidad! exclamó el rey.

— ¡Bah! dijo Richelieu, cuyo asombro llegaba á su colmo; todos nos engañábamos, y aquella apariencia de hermosura.....

— Nunca me habléis de esa joven, duque, porque me estremezco con solo pensar en ella.

Richelieu juntó las manos con hipocresía, y dijo:

— ¡Oh, Dios mío, lo que son las exterioridades! Si V. M., que es el primer apreciador del reino; si V. M., que nunca se engaña, no me asegurase eso, ¿cómo había de darle crédito?... ¡Cómo! señor, ¿conque tanto ha variado?

— No sólo ha cambiado, sino que está atacada de una enfermedad espantosa... ¡ha sido una alevosía! Pero por Dios no me digáis ni una palabra más acerca de ella, sino queréis matarme.

— ¡Cielos! exclamó Richelieu, no volveré á mentarla, señor. ¡Matar á V. M.! ¡oh! ¡Qué tristeza! ¡Qué familia! ¡Qué desgraciado debe ser ese pobre mozo!

— ¿De quién habláis?

— ¡Oh! lo que es esta vez de un servidor de V. M. tan fiel y sincero como adicto. ¡Oh! ese sí que es un modelo, señor, y bien lo ha conocido así V. M. Lo que es ahora, yo respondo de que no han recaído los favores en un mal súbdito.

— ¿Pero de quién se trata, duque? Hablad, que tengo prisa.

— Hablo, respondió Richelieu con dulzura, del hijo del uno, señor, y del hermano de la otra; hablo de Felipe de Taverney, de ese guapo muchacho á quien V. M. ha dado un regimiento.

— ¡Yo! ¿yo he dado un regimiento á alguno?

— Sí, señor, un regimiento que Felipe de Taverney espera aun á estas horas, es verdad, pero que al fin ha dado V. M.

— ¿Yo?

— ¡Pardiez! ya lo creo, señor.

— ¡Estáis loco!

— ¡Bah!

— Yo no he dado nada, mariscal.

— ¿De veras?

— Pero, ¿por qué diablos os metéis en esas cosas?

— Señor.....

— ¿Tenéis algo que ver en eso?

— ¡Yo, señor! maldita la cosa.

— Entonces habéis jurado quemarme á fuego lento con ese haz de espinas.

— ¿Que queréis, señor? Ahora veo que me engaño, pero me parecía que V. M. había prometido.

— Pero, duque, eso no es de mi incumbencia; pues tengo un ministro de la Guerra! yo no doy regimientos... ¡Un regimiento!... ¡Pues no os han encajado mala bola! ¡Ah! ¿conque sois el abogado de toda esa camada?... ¡Bien os decía que haciais mal en

hablarme de esas gentes, pues ya me habéis revuelto la sangre....

— ¡Oh! señor.

— Sí, me la habéis revuelto. ¡Mal haya el abogado!... ya no haré la digestión en todo el día.

Y diciendo esto volvió las espaldas al duque y se refugió furioso en su gabinete, dejando á Richelieu más consternado de lo que se puede decir.

— ¡Ah! por esta vez, murmuró el mariscal, ya sabemos á qué atenernos.

Y sacudiéndose con el pañuelo, porque en el calor del choque se había llenado de polvo, se dirigió hacia la galería, en cuyo ángulo le esperaba su amigo con la más viva impaciencia.

No bien avistó al mariscal, cuando el barón, semejante á la araña que se arroja sobre su presa, corrió á saber las noticias frescas, presentándose con ojo avizor, con el corazón en la boca, y los brazos en forma de guirnalda.

— ¡Y bien! ¿qué hay de nuevo? dijo.

— Hay de nuevo, caballero, respondió Richelieu irguiéndose con una boca desdeñosa y dando un ataque despreciativo á su pechera, que os suplico no me volváis á dirigir la palabra.

Taverney miró al duque con ojos atontados.

— Sí, vos habéis disgustado al rey en gran manera, continuó Richelieu, y el que disgusta al rey me ofende á mí.

Estupefacto Taverney, quedó clavado en el suelo como si sus pies hubiesen echado raíces en el mármol.

Entretanto Richelieu prosiguió su camino, y cuando llegó á la puerta de la galcra de los espejos donde le aguardaba su lacayo:

— ¡Á Luciennes! gritó, y desapareció en seguida.